

LA MUERTE DE AUGUSTO

HEMOS estudiado (1) la célebre figura de Augusto, astuto tirano según la expresión de Montesquieu; su historia, que no es más que una parte del conocimiento de la antigüedad, la hemos completado por la arqueología, que la suministra el auxilio de los monumentos, cuyo testimonio es irrecusable, el de las estatuas, que tienen también su idioma y descubren la fisonomía moral, el de las medallas, las piedras grabadas y las inscripciones, textos oficiales cuya concisión está llena de elocuencia. El arte como la literatura, nos han proporcionado instrumentos de precisión para arrancar la máscara del emperador y refutar la palabra sonora de los poetas, y la crédula complacencia de ciertos historiadores. Al arrancar el velo a su vi-

(1) Véase Augusto, su familia y sus amigos, publicación del "Tercer Imperio," obra escrita en francés por Mr. Beulé.

da privada y a su conciencia, hemos descubierto con profunda satisfacción, en nombre de la verdad, de la moral y de la dignidad humana, los castigos de ese hombre que se hizo superior a las leyes.

Pero esto no basta. En los atentados contra los países, hay dos culpables: el que se atreve, y los que permiten; el que emprende y los que toleran que se emprenda contra las leyes; el que usurpa y los que abdican. El pueblo, el pueblo romano, en una palabra, fué culpable con la patria, y para consigo mismo, desde el día en que se dobló al yugo de Augusto. ¿Fué a su vez castigado ese pueblo, y la historia ha consignado su castigo? No es este, por cierto, el objeto de nuestras inquisiciones; pero resaltará con energía de los hechos mismos, a medida que la arqueología haga revivir la civilización del imperio en su claro espejo, y los hechos solos, hablarán.

Y sin embargo, es preciso decirlo: la ley general que conduce el destino de los pueblos no les aplica la pena sin consideración: deja intervalos, ocasiones de arrepentirse, y días favorables que como un solo pasajero, más puro y más libre, advierten a una nación, haciéndola aparecer el deber olvidado, y recordándose.

Tal momento se presentó en la vida del pueblo romano, con singulares facilidades y una persistencia evidente. Esta ocasión fué la vejez moribunda, o para emplear el término consagrado, la decrepitud de Augusto. Al declinar de este hombre tan temido como envuelto en una falsa dulzura, ¡qué de promesas para los corazones valerosos! Todas las ambiciones del amo estaban satisfechas, sus ilusiones destruídas, y agotados, hasta las heces sus placeres, hasta el de mandar a los hombres, si en esto puede encontrarse alguno. Añadid, no la debilidad de sus facultades, sino la de aquella especial, que constituye el nervio y el secreto de un déspota, quiero hablar de la voluntad. Muchos años hacía,

que la de Augusto comenzaba a ceder, sufriendo el ascendiente de Livia y el de los palaciegos, y era evidente que había llegado la hora de las concesiones. ¿Qué hizo el pueblo romano, legal, honradamente, a la luz del día y por el camino recto para obtener esas concesiones? ¡Nada! ¿Qué reivindicó, qué reconquistó, qué esperó qué solicitó? ¡Nada!

Otro socorro para aquellos que esperaban una poca de mesura en el mando, una ruptura en el poder absoluto, eran las faltas cometidas por ese mismo poder.

El fin del reinado de Augusto fué triste; los consejeros y generales de su juventud habían muerto; su dinastía había sido segada por duelos tan implacables como repetidos: Augusto estaba solo, con sus potencias debilitadas, y con las faltas de que se le reputaba único responsable. Tipo elocuente de esos desastres era Varus, atraído a una red, y sus legiones degolladas más allá del Rhin. Augusto se golpeaba la cabeza en las paredes de su habitación, gritando: "Varus, Varus, devuélveme mis legiones," y habría sido lógico y patriótico, señores, que al mismo tiempo los ciudadanos golpeasen las suyas contra las columnas del "Forum," exclamando a su vez: "Augusto, Augusto, devuélvenos, no nuestros conciudadanos, cuyos huesos blanquean los bosques de la Germania, sino nuestras libertades, la participación en los negocios del Estado, el derecho de dividir contigo la responsabilidad, el peligro, el esfuerzo y las faltas, si éstas son una consecuencia, indispensable de la política." ¿Y por ventura el pueblo romano dejó escuchar al rededor del Palatino, estas nobles reconvenciones? No, ni aun se atrevió; pero aquel que tan espantosamente pesaba sobre aquellas almas, habría debido leer en ellas, o mejor dicho, recordarles su deber, concediéndoles lo que no le habían pedido.

¡Qué papel tan hermoso, señores, qué gloria tan pura, qué prestigio en la historia, si al fin de su reinado,

después de triunfar de las facciones y de él mismo, hubiera devuelto a los romanos la libertad que exigían, el orden, la armonía y el interés mismo de la patria! Sylla abdicaba al otro día de sus asesinatos, más por disgusto de los hombres y del poder, que por efecto de una política justificada por reformas, o por razón de un sistema; pero qué ejemplo tan magnífico, tan desconocido, tan incomparable en los anales de la humanidad, si Augusto después de un reinado de cuarenta y cinco años, hubiera llegado a decir: "Herí, fui terrible y después clemente; tuve el poder, lo ejercí absoluto, y no dejé a las magistraturas más que una simple apariencia; pero fué por salvaros, por regeneraros. Vertíais sobre los campos de batalla y sobre el "Forum" la sangre que vuestros enemigos hubieran debido derramar; apacigué las guerras civiles; humillé la corrompida aristocracia, acostumbrada a un orgullo y desdén insolentes: el pueblo estaba animado por un espíritu peligroso, novador y turbulento, le calmé elevándolo, y ahora que habéis contraído la costumbre de vivir unidos, disciplinados, iguales, bajo el nivel del despotismo, os devuelvo la libertad, para que hagáis una nueva prueba; quizá ya sois dignos de ella, la disfrutaréis después de mi muerte, y si fuese durable, habré tenido también la gloria de ser su verdadero fundador."

Augusto podía tomar esta rara resolución, sin sacrificar ninguno de los intereses que le fuesen queridos: no tenía hijos, ¿a quién, pues, iba a transmitir el cetro, a quién? A un extraño, a Tiberio, que no le estaba ligado por el vínculo de la sangre, a Tiberio a quien odia y le había sido impuesto por Livia. Por consecuencia, el sacrificio era fácil, y el heroísmo no debía realizarse sino después de su muerte. Si así hubiera terminado Augusto su larga y sangrienta carrera, habría sido un objeto de admiración para el mundo, sus más

severos jueces habrían quedado desarmados en la posteridad, y se hubieran visto obligados, por decirlo así, a perdonarle sus proscripciones e hipocresía, en favor de los últimos actos de su vida, y el generoso cuidado que había tenido por el porvenir del pueblo romano.

Pero tal pensamiento ni aun se presentó siquiera al espíritu de Augusto. La historia es una indiscreta; los pequeños hechos que consigna, son la manifestación afirmativa o negativa de lo que pasa en el interior de una conciencia, por tortuosa que sea, como lo fué la de Augusto.

El año 14 de la era cristiana fué la época decisiva en que los destinos de Roma iban a atarse o desatarse de un modo irrevocable. El mes de agosto, después de los calores caniculares, el Emperador fué atacado de un mal en las entrañas que le debilitaba poco a poco, y a esa enfermedad se añadía otra incurable que se llama, setenta y seis años.

Partió, sin embargo, esperando que la frescura del mar, la brisa salada, el movimiento de la embarcación y las distracciones del viaje serían un remedio a sus sufrimientos. Tiberio, hijo de Livia, debía marchar a Iliria para apaciguar una rebelión, y Augusto quería acompañarle hasta la extremidad de la Campania.

Durante muchas semanas, a pesar del estado no doloroso, pero sí alarmante del Emperador, no se pensó más que en el placer, sin el menor cuidado del porvenir de Roma. Augusto se detuvo cuatro o cinco días en Caprea, esa isla tan griega por la pureza de sus contornos y la belleza de sus rocas, que más tarde debía convertir Tiberio en objeto de execración. Admiró Augusto la naturaleza, asistió a los juegos, gozó de los encantos del golfo de Nápoles, y en su admiración llamó a Caprea, la "Isla de la ociosidad." Pasó luego a Puzozoles, donde los viajeros que volvían de Egipto impro-

visaron una gran fiesta, detúvose en Nápoles con Tiberio en medio de las seducciones de la voluptuosa Campania; pero cuando le dejó en Benevento, el mal se agravó, y fué preciso a la vuelta detenerse en Nola, célebre por sus hermosos vasos pintados, que se disputan nuestros museos.

Comenzaba el mes de septiembre, y durante ese tiempo ¿qué se decía en Roma? Todos los espíritus estaban atentós, los oídos vueltos hacia el príncipe ausente, como estaban fijos en él todos los ojos cuando se encontraba presente; ¿no había proyectos, ni agitación, ni esperanza? No, nada hacía latir los corazones. Con efecto, ¿en qué fuerza podían apoyarse los ciudadanos amantes de un orden más estable y más digno?

¿El Senado? Desacreditado durante las guerras civiles, había perdido su energía, su ardor y su fe; había proporcionado a Augusto buenos administradores; pero ya no contaba en su seno hombres libres, sino intereses insaciables y humillaciones sin pudor. Las fortunas de los patricios todos estaban comprometidas, después de haber agotado las rentas que sacaban de las provincias y de la clientela de las naciones: el lujo se había aumentado, las necesidades eran imperiosas, la vida más magnífica, y sólo los dones del Emperador podían ser bastantes para llenar los abismos siempre abiertos ante sus ojos.

¿Los caballeros eran acaso más fuertes? Contábanse cinco mil, que se admiraban los días de revista, con sus caballos y sus bellas armas; aumentaban diariamente sus privilegios, se les llamaba el semillero del Senado ("seminarium senati,") eran ambiciosos y gobernaban también las provincias, pero para participar de los negocios públicos, para llegar a la administración, a la hacienda, a la locación de las tierras, era necesario esperar y obtenerlo todo del favor imperial.

¿Podían dirigirse al pueblo romano? Aun admitiendo

que hubiera habido un pueblo, ese pueblo estaba entregado al placer y a la pereza. Cien días de fiesta y de juegos por año, eran su primera exigencia: pan no ganado por el trabajo y congiarios concedidos por cualquier motivo por el Emperador, su segunda necesidad. Cuando la ociosidad es la reina de un populacho, des- tierra toda virtud política es amo de aquel pueblo, el que le nutre, le acaricia, le divierte y se burla de él. Apenas se reconocía a los romanos en aquella multitud compuesta de libertos, aventureros y extranjeros de todos los países, el traje mismo había sufrido alteración, y ya no se veía la blanca toga de los tiempos antiguos, pues cuando el Emperador iba a solicitar los sufragios, temía ensuciarse con las togas oscuras y grises, y se lamentaba de no ver al traje nacional. ¡Ay! lo que había desaparecido más completamente que el traje, era la conciencia de los ciudadanos.

¿Las provincias del imperio conservaban mayores resortes? Estaban bien administradas, gozaban prosperidad, no temían las exacciones de los Salustio o de los Verres, porque los que la gobernaban tenían sobre ellos un vigilante sin piedad; pero las provincias no disfrutaban más que de la vida administrativa, vejetaban y no se interesaban en nada de la política. El gran drama pasaba en Roma: la provincia estaba al abrigo, permanecía obscura, tranquila, y quizá más servil que la capital, porque había necesidad de sus favores y todo lo recibía de aquel a quien todo iba. Un rasgo del destierro de Tiberio, permite medir lo que era entonces el espíritu público. Tiberio estaba en Rodas, en desgracia, sin esperanza de obtener el imperio y amenazado por Cayo César, nieto de Augusto: vivía como simple particular, vestido a la griega, meticoloso, humilde y recogido. Un día proyecta visitar a los enfermos y anuncia su resolución: sale al día siguiente de su casa y vé bajo el pórtico, enfermos y moribundos reunidos por

los magistrados, que los hicieron trasladar a ese lugar con riesgo de matarlos. Bien se ve, que esto era llevar la bajeza hasta la ferocidad.

¿Valía acaso más el espíritu de la capital? En una capital la energía de la opinión suple los desfallecimientos individuales, y una corriente imprevista reanima su llama amortiguada. El espíritu romano debía subsistir en Roma, existía en algunas almas vigorosas, fermentaba en el seno de una multitud pronta a sacudir su indolencia; pero el espíritu romano, desapareció, señores, a medida que a Roma la invadían los extranjeros. Roma era el lugar de cita de todos los pueblos del mundo: Asia, Egipto, Africa, las Galias, España, y hasta las Provincias Danubianas, todas las naciones arrojaban a Roma sus olas de comerciantes, de caballeros de industria, de mercenarios, de esclavos, de libertos, de hombres de talento, de preceptores, de intrigantes, de gente de toda especie, en una palabra, que iban a buscar la fortuna o el pan cotidiano, la prostitución y hasta el crimen. Lo más raro que había entonces en Roma, eran los romanos, y cuando un capital se vuelve cosmopolita, pierde el gran elemento, el espíritu que constituye su poder, y el espíritu romano cedió el puesto a otro cosmopolita, indefinido, banal y cínico: Roma fué el centro del universo, pero un centro de goces, de lujo, de placeres de todo precio. El gran soplo nacional que mantiene un pueblo y le hace respetable, tanto en el interior como en el exterior, debe desaparecer cuando su capital se convierte en la posada del género humano. Roma no podía conservar su preponderancia sobre las provincias, pronto debía tornarse en su esclava, y sus amos llegarían de las extremidades del mundo, ora a la cabeza de las legiones o al frente de los bárbaros.

Quedaba una fuerza tal vez, que no podía pertenecer a ningún partido, ni conocer el interés, el temor o

la traición; quiero hablar de la juventud, de ese tesoro que renace sin cesar para orgullo de las naciones prósperas y esperanzas de las oprimidas; de la juventud que no tiene ni compromisos ni remordimientos, que siente latir su corazón a las palabras de patria y desinterés, que tiene sobre todo la necesidad de aire para respirar y para vivir, y ese aire, señores es la libertad. Pues bien, la juventud romana concurría asiduamente a los teatros, a los circos, a los baños públicos, a todos los lugares de prostitución: una literatura llena de molice y de adulación la corrumpía, desde que su memoria podía recibirla: amaba el placer, el lujo, los goces bajos y materiales de que dieran ejemplo la hija y la nieta del Emperador con su enjambre de adoradores. ¡La juventud! era positivista, calculaba con un pedazo de yeso, desde que podía calcular, y quería oro, los tristes honores que procura la riqueza, tenía prisa por recorrer el "cursus honorum", es decir, la carrera perfectamente graduada del ascenso, que encadena todas las carreras las unas a las otras, por el lazo único y omnipotente que se llama el favor del amo. A la juventud de aquella época no había que hablarle de la libertad, ni de la austera gloria de la antigua República, estos eran recuerdos de hacía cincuenta años. Dos generaciones pasaron borrando lo que esos recuerdos tenían de vivificante, y el deleite murmuraba burlándose, al oído de aquellos afeminados, que eran ridículos. Mucho es medio siglo de tiranía, y para que la independencia de un pueblo no quede para siempre ahogada bajo su yugo, vale más que esa tiranía sea franca, dura y militar.

Un despotismo audaz y sincero comprime, hace inclinar la cabeza hasta el suelo, pero no rompe todos los resortes de un pueblo, de manera, que cuando la mano le hace encorvarse, la retira la muerte, puede levantarse y reconquistar su acción. Lo que es fatal es una do-

minación hipócrita, que deja el nombre y destruye el fondo de las cosas, que corrompe, afemina, enerva y abate las almas, les enseña la mentira y la lisonja, y las atrae por un incentivo tan poderoso, que el medio es un miedo de gobierno inútil, las aduerme en brazos de una administración que no satisface más que sus necesidades materiales, asegura su tranquilidad en los placeres, y después mirándolas sujetas al lujo, a la avaricia y a los goces físicos, reina como Circe, sobre un ganado tal, que Ulises mismo no pudo reconocer a sus metamorfoseados compañeros.

A la juventud le compararía yo de buena voluntad, a ese trigo nuevo, que naciendo en el otoño, sufre pronto los rigores del invierno. Mirad un campo lleno de verdura, que repentinamente es invadido por una banda de cazadores; hombres, caballos y perros se precipitan a él y le destrozan, todo lo quiebran y lo destruyen; el campo se ha convertido en un desierto, y todos creerían que el trigo ha perecido hasta en su germen. Volved, sin embargo, a la primavera siguiente; ha renacido, los tallos son más fuertes, ha duplicado el número de las espigas porque nunca faltaron el aire y el sol, porque la brisa fecunda sopló devolviendo la savia a las raíces enterradas en el suelo. Por el contrario, arrójense yerbas sobre el mismo campo, cúbrasele de paja, extiéndase cuidadosamente sobre él una capa de abono, todo perece, porque se ahoga, y el aliento de la primavera jamás hará reverdecer los surcos, a los que se ha interceptado el aire durante largo tiempo, porque lo que es el aire para las plantas, es la libertad para la juventud.

Si en Roma hubiera habido una fuerza política, y sobre todo, hombres, cuán diversa hubiera sido su suerte. El pueblo romano no tiene excusa ante la posteridad ni ante él mismo, por no haber aprovechado la fácil ocasión que le presentaba la Providencia, pues ha-

brá podido erigirse en árbitro de sus destinos, sin rebelión, sin violencia, sin haber roto pacto alguno, sin sacrificio, lealmente y sin reserva.

Augusto moría, tenía por seguro su fin: rumores a cual más diversos llegaban sin cesar de Nola. Allá, muy lejos de Roma, en la Capania, un anciano iba a espirar, había espirado quizá, entre las manos de una anciana, y aun no faltaba quien asegurase que Livia lo había envenenado. Ella desde luego, se dirigió a Tiberio, que estaba en Iliria: Germánico su sobrino se encontraba sobre los bordes del Rhin, y entretanto transcurren muchos días. Llegan nuevos viajeros, diversos mensajeros se presentan, ¿qué dicen? que Livia permanece en Nola; que espera a Tiberio y oculta la muerte de Augusto; que los soldados guardan las cercanías de la casa, impenetrable a los curiosos; que Tiberio llega, vacila y se oculta también; que partió un centurión para la isla de Planasio, con objeto de matar a Agripa Póstumo, último nieto de Augusto, que se ha consumado el sacrificio: y que al volver el centurión, Tiberio comienza a respirar.

¡Cuán largo drama, señores, cuánta agonía y al mismo tiempo cuánta dilación! ¡qué incertidumbre para los romanos, pero también cuántas tentaciones! y no pasan horas, ni días, sino semanas son las que transcurren, y no era necesario tanto para libertarse, o más bien para demostrar por un acto cualquiera, que la nación dejaba de tener amo.

¿Qué hizo el senado? nada; ¿qué el pueblo? nada; ¿qué medita? nada; ¿qué se espera? nada. Todos fueron únicamente espectadores glaciales, de ese juego de cubiletes en que se aventuraba su fortuna.

Verdad es, que un miembro de la familia de Pompeyo, Lucio Escribonio Libo, pretendió reivindicar la herencia de su tío abuelo, y hacer aclamar por los romanos un nombre que les era querido; pero se contenta-

ron con menear la cabeza, y Libo gozaba de tan poco crédito, que Tiberio le dejó dos años en el senado sin herirle.

Verdad que Clemens, esclavo adicto del joven Agripa, recorrió los campos capitaneando una banda e intentó aunque muy tarde, salvar al nieto de Augusto, pretendiendo hasta simular que era el mismo Agripa; pero, ¿qué podían hacer unos cuantos foragidos, sino entregarlo al furor de Tiberio?

Verdad es, por último, que muchas veces se atrevieron a pronunciar el nombre del popular Germánico, cuyo padre Druso amaba la libertad y la habría devuelto a los romanos si hubiera vivido; pero ¿Germánico realizaría lo que había prometido su padre? ¡vano error! esto no hubiera sido más que cambiar de amo, y además Germánico estaba sobre el Rhin.

Y entre tanto, el tiempo transcurría, y no se obraba, ni se deliberaba, se veían como rebaño sin pastor, eran libres de hecho y esclavos por el pensamiento. El poder absoluto se extinguía con la vida de un hombre que era su encarnación; ese hombre se había apoderado de todas las fuerzas de la República, respetando únicamente las apariencias: la constitución subsistía nula y vilipendida, pero existía: los magistrados no eran más que sombras, pero podían devolver a las magistraturas el soplo de la vida. Allí estaban los cónsules Sexto Pompeyo y Sexto Apuleyo, y según las leyes, el uno no tenía más que la dirección de los negocios y el otro el mando de los ejércitos: bastábales reunir al senado para que les respondiera con la célebre fórmula "Caveant Consules;" podían reunir la asamblea del pueblo, y este hubiera nombrado sus tribunos cuyos privilegios había asumido Augusto, para ser inviolable y sagrado. Esos dos actos hubieran sido suficientes para poner en movimiento las instituciones que estaban paralizadas; no había más que hacer funcionar los cadá-

veres que conservaban sus etiquetas, y que tal vez no eran más que cuerpos dormidos. No era necesario emprender nada contra las leyes que Augusto fingió respetar, ni contra la persona del emperador a la que se juró fidelidad, pues había muerto; ni contra la dinastía que con la desaparición de los nietos de Augusto había terminado; porque el poder absoluto era una dictadura personal, sin título, una excepción y no una institución. A Roma para libertarse le bastaba querer vivir.

En efecto, ¿qué obstáculos podían presentarse? ¿la guarnición de Roma con un jefe indeciso? el senado con el prestigio de su nombre habría elevado su voz y el ejército le habría prestado obediencia ante el pueblo reunido en el "Forum." ¿La permanencia de Tiberio en Nola? tampoco, porque si abundaba en valor militar le faltaba el cívico. Bravo ante el enemigo, temblaba en la presencia de Augusto y la del último de los cortesanos; su cobardía no habría hecho frente a la actitud firme, de una nación, que tranquilamente recobraba el ejercicio de sus derechos. Hubiérase manejado como lo hizo después y durante muchos días, declarando que todo quería que se realizara, por la voluntad de sus conciudadanos.

Así transcurrieron, estériles, sin movimiento ni agitación, esos días de tregua, de tentaciones honradas, y de salvadoras provocaciones que la Providencia presentó al pueblo romano. Todo estaba agotado, ahogado por el interés, por los sentimientos personales, por la necesidad de goces, y he aquí por qué Tiberio pudo sin peligro y sin esfuerzo, empujado por la impaciente bajeza de los romanos, apoderarse del poder que estaba ya por tierra y recogerle como un centurión levanta la espada de un camarada caído, en el campo de batalla.

Voy a conducirlos, señores, a los pomposos y magnífi-